

Fragmento de Cortesía

Extractado de la Versión Tapa Dura de Lujo de:

ROMERÍAS DEL ALMA: VIAJE A TRAVÉS DEL FERVOR Y EL SILENCIO

Autor: Guillermo Isaza Fiscó

Por qué leer *Romerías*
(o la odisea de los caminantes que avanzan incluso sin saber por qué)

Romerías no es un libro religioso.
No busca templos, dogmas ni plegarias.
Lo que recoge aquí no son creencias, sino pasos.
Es el relato de quienes caminan porque algo dentro de ellos se mueve, se inquieta, se rompe o se enciende.

Este libro habla de la odisea de los caminantes:
de los que cruzan tierras, ciudades, desiertos y fronteras interiores;
de quienes cargan silencios, búsquedas, heridas, recuerdos, intuiciones y revelaciones sin nombre.
Cada romería aquí narrada es un latido humano, un impulso ancestral que empuja hacia adelante incluso cuando no se sabe hacia dónde.

No importa el destino: importa el movimiento.
No importa el camino trazado: importa lo que despierta mientras se avanza.
Porque toda romería —sea por un sendero real o por un territorio interno— es una forma de responder a la vida cuando esta llama desde adentro.

Este libro no pretende guiarte ni convencerte.
Pretende acompañarte.
Mostrarte que toda persona, en algún momento, se convierte en un viajero:
cuando pierde algo, cuando encuentra algo, cuando el mundo se estrecha o cuando el alma reclama aire.

Aquí no hay santos.
Hay caminantes.
Hay voces que se quiebran.
Hay pasos que buscan sentido entre el polvo, la memoria, la noche y la esperanza.
Hay caminos que no llevan a ningún lugar... salvo al interior de uno mismo.

Leer *Romerías* es abrir un mapa que no señala rutas, sino resonancias.
Un espejo para quienes alguna vez sintieron que necesitaban salir, moverse, alejarse,

buscar o regresar.

Un recordatorio de que cada viaje, por pequeño que sea, deja marcas en la conciencia.

Este no es un libro sobre fe.

Es un libro sobre marcha.

Sobre la humanidad en tránsito.

Sobre la eternidad que a veces se esconde en un solo paso.

Bienvenido a la odisea.

Bienvenido al camino que empieza incluso antes de poner el pie en el suelo.

**Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon**



Capítulo I

Reflexión I — Santiago de Compostela, 1300

Símbolo del Camino — La piedra — Origen, camino.

Lo que se sostiene cuando todo lo demás duda.

*Representa el **inicio** del viaje y el valor de tomar algo del suelo para recordar **de dónde partimos**.*

No planeé estar aquí... Solo empecé a caminar porque seguir quieto era peor. Los pies se adelantaron antes que las ideas. Y no los detuve.

Bruno me acompaña desde la fe. —El camino pone las cosas en su lugar— dice.

Gael analiza todo, incluso el cansancio. —No sabes ni qué esperas encontrar— me reprocha.

Lía observa el paisaje con una sonrisa tranquila. —A veces las respuestas aparecen después del tercer o cuarto paso— susurra.

Izan acelera el ritmo. —Si vas a caminar, hazlo con decisión— gruñe.

Recojo una piedra del suelo y la guardo en el bolsillo. Es solo una piedra. Pero es mía.

Golpeo mi pierna izquierda cada dos pasos y me recuerda que sigo en movimiento. Tal vez eso sea suficiente por ahora.

El camino hacia Santiago hiere, cansa, Pero también ordena. Y aunque no comprendo del todo mis motivos, comprendo esto: seguir siempre es mejor que volver atrás.

Al final del día, me siento en silencio y aprieto la piedra en mi mano. Pienso que quizá la vida consiste en elegir qué peso vale la pena llevar.

Mañana seguiré caminando. No porque ya encontré la razón, sino porque todavía la estoy buscando. Y buscar también es estar vivo.

Acércate conmigo. Acompáñame a Santiago.

Veamos qué nos espera allí, paso a paso.

Santiago de Compostela, 1300

El Camino de la Tierra Viva

Antes de empezar a caminar, el cuerpo ya sabe que algo va a cambiar.

No hace falta tener fe ni conocer la historia. Basta con sentir esa inquietud que aparece cuando una parte de uno quiere moverse, aunque no sepa hacia dónde.

En este camino no hay instrucciones ni garantías. Lo único seguro es que cada paso, incluso los más torpes, deja una marca. No en el suelo: en quien los da.

Nadie llega al Camino por accidente. Algunos caminantes vienen buscando alivio; otros, respuestas. Algunos esperan un milagro; otros solo quieren alejarse un poco de la cotidianidad y de lo que les pesa. Pero todos terminan entendiendo que aquí no se trata de llegar primero, sino de permitirse avanzar.

Se aprende rápido que la mente se cansa antes que los pies. Que el silencio pesa, pero también ordena. Y que las razones para caminar cambian cuando se lleva ya un buen tramo recorrido. Lo que al comienzo era curiosidad o promesa, pronto se convierte en necesidad.

El Camino de Santiago no está hecho de piedras y lodo, sino de intenciones. Lo construyen quienes lo recorren. Y, por eso, cada uno se encuentra con una versión distinta del mismo lugar.

Hay quien apunta al horizonte esperando una señal. Hay quien mira al suelo para no tropezar. Y hay quien observa a los demás pensando que ellos saben algo que uno aún no entiende. Pero, tarde o temprano, todos descubren lo mismo: que nadie te guía, salvo tu propia honestidad.

Aquí no hay templos imponentes cada pocos kilómetros ni respuestas escritas en las paredes. Lo que guía son pequeñas cosas: una flecha amarilla, una mirada amable, un gesto de ayuda. En esos detalles se revela algo más grande que cualquier dogma.

Caminar es una manera de poner en orden lo que se había desacomodado por dentro.

Y, cuando la meta al fin se acerca, uno comprende que lo realmente valioso no fue llegar, sino todo lo que se soltó para poder avanzar.

Porque, en Santiago, nadie se detiene: simplemente cambia de camino.

El Camino Despierta - (*Preludio simbólico*)

No fue el alba lo que los despertó, sino el sonido de una piedra suelta rodando bajo los pies de un caminante que aún no sabía que caminaba. A esa hora en que los gallos no cantan y la bruma aún sostiene la respiración del mundo, el camino ya los esperaba. No con prisa. No con destino. Solo con la certeza de que cada paso tallaría algo en el alma.

La tierra de Galicia no es seca ni dura. Es húmeda, como un vientre antiguo que aún guarda criaturas no nacidas. Las raíces se abrazan bajo el suelo como lenguas que murmuran secretos. Las piedras del sendero tienen la forma de espaldas dobladas por siglos de oración y el aire huele a historia descompuesta, a incienso viejo, a llagas cubiertas con flores frescas.

El Devoto camina como quien recuerda. No alza los ojos, pero su espalda contiene un rezo mudo. El Incrédulo avanza con cautela, como si temiera ser parte de algo sin haberlo consentido. La Turista toma nota con los ojos, y cada olor, cada forma, se le queda pegado a los dedos como polvo de otra era. El Fanático va adelante, marcando el ritmo con pasos firmes, como si supiera más que los demás, como si quisiera llegar primero al lugar que solo el alma puede alcanzar.

Las campanas de la catedral aún no habían repicado, pero ya vibraban dentro del pecho de quienes se acercaban. Y cuando, por fin, se alzó la niebla, no fue el horizonte lo que apareció, sino una sombra: la del Apóstol, la del fin del mundo, la del primer muerto que los esperaba no en un altar, sino en una tumba viva.

No era la imagen de Santiago la que convocaba. Era su vacío. Su ausencia brillante. Su carne convertida en eco. Porque el verdadero poder no reside en la estatua que recibe incienso, sino en el hueco invisible que queda cuando un cuerpo se transforma en camino.

La Voz que Acompaña se deslizó entre ellos, sin decir, sin instruir. Solo estaba: como el rocío. Como la promesa. Como esa pregunta que aún nadie se atreve a formular, pero que todos llevan escondida bajo la lengua:

¿Es la fe el destino... o el polvo que levantamos mientras buscamos?

El Nacimiento de la Romería

Se cuenta por ahí que, en el siglo IX, una estrella cayó sobre un bosque de Galicia. No fue un incendio ni un cometa, sino una revelación: el sepulcro del apóstol Santiago dormía bajo la tierra húmeda, custodiado por el olvido y la niebla. El ermitaño que lo encontró se llamaba Pelayo, y su visión encendió una llama que pronto alcanzó a reyes, obispos y peregrinos.

Alfonso II de Asturias, conocido como el Casto, fue el primer caminante real. Viajó desde Oviedo hasta aquel lugar sagrado, que entonces no era más que un claro entre árboles, y allí ordenó construir una iglesia. Pronto, ese punto se convirtió en destino de miles. Desde todos los rincones de Europa comenzaron a llegar los pies cansados de quienes buscaban redención, sentido o milagro. El camino se fue trazando no con mapas, sino con pasos.

A lo largo de los siglos surgieron hospederías, monasterios, puentes y pueblos enteros al servicio del peregrino. Reyes como Carlomagno protegieron la ruta; la Orden de Cluny la promovió como vía espiritual. El símbolo de la concha, recogida en las costas gallegas, se convirtió en emblema universal del romero. Y Santiago —el Apóstol y el Camino— se transformó en metáfora: de la búsqueda, del sacrificio, de la fe sin templo.

Así nació la tradición del Camino de Santiago. No como un trayecto, sino como un llamado. No como un punto geográfico, sino como un alma extendida.

La romería nunca comienza con los pasos, sino mucho antes: con un temblor en el pecho, la inquietud de un sueño y la aparición de una señal que no siempre se sabe leer. Algunos partían desde sus aldeas en silencio; otros, desde los confines de Francia, dejando atrás el mundo conocido. Desde Saint-Jean-Pied-de-Port, la senda se elevaba entre los vientos de los Pirineos y se abría paso hacia la tierra española con un antiguo susurro que parecía decir: *hay algo esperándote allá.*

El camino podía durar semanas, meses e incluso años. Dormían bajo aleros de hospederías, en establos prestados o junto a fogatas abiertas al cielo. El hambre se calmaba con pan duro y vino sencillo. El frío, con canciones. Algunos caminaban por penitencia; otros, por promesa. Pero todos compartían algo: la certeza muda de estar siendo guiados por algo más grande que ellos.

La ruta atravesaba Roncesvalles, donde los ecos de antiguas batallas aún flotaban en el aire, y luego Pamplona, ciudad de murallas vivas y pasos acelerados. En Puente la Reina, los caminos se unían como ríos que confluyen; en Estella, el vino brotaba de fuentes, como si el cielo premiara al peregrino. Logroño ofrecía descanso entre calles de canto y Burgos, con su catedral de piedra suspendida en luz, obligaba a mirar hacia lo alto.

Cada etapa era un espejo. En Carrión de los Condes, el silencio monástico recordaba que a veces es preciso callar para comprender. León, luminosa y sabia, abría sus vitrales al alma del caminante. En Astorga, las huellas romanas y las fantasías modernistas hablaban del tiempo entretejido. En Ponferrada, los templarios susurraban secretos a través de torres en sombra. Y, al llegar a O Cebreiro, el corazón se estremecía: allí comenzaba Galicia, con su niebla densa, sus hórreos ancestrales y su hospitalidad antigua.

Los cuerpos ya pesaban. Las sandalias, rotas. Los pies, heridos. Pero algo más —más sutil, más invisible— seguía caminando. Desde Sarria, muchos se unían para hacer los últimos cien kilómetros. Y entre Portomarín, Palas de Rei, Arzúa y O Pedrouzo, los rostros empezaban a transformarse. Algunos reían sin motivo. Otros lloraban sin saber por qué.

Y entonces, al fin, aparecía en la distancia la catedral de Santiago, como un sueño que toma forma. Algunos caían de rodillas. Otros alzaban los brazos al cielo. Muchos se quedaban quietos, simplemente, como si el tiempo se detuviera en sus hombros. El recorrido —de más de setecientos kilómetros— había cruzado montañas, pueblos, veredas, ríos... y también corazones. Pero, en verdad, este había sido, en esencia, un viaje de búsqueda interior.

El peregrino llegaba cambiado. Cargaba menos, pero dentro de sí llevaba más. Y, si en algún momento no sabía qué había ido a buscar, al menos comprendía que algo había encontrado. Aunque no tuviera rostro ni nombre.

Los Cuatro en la Niebla

Cuando se llega y se dan los últimos pasos, se debe saber que el lugar ya arde en silencio.

Santiago de Compostela no nació como santuario, sino como susurro. Galicia, con sus montes húmedos y sus árboles de ramas encorvadas por el tiempo, fue primero un terreno cubierto de niebla, donde la tierra y el cielo se confundían sin necesidad de nombrarse. El agua descendía por los senderos como si viniera del alma del bosque, y el viento no soplaba: recordaba.

Aquí, mucho antes de los peregrinos, ya los lobos abrían camino. Ya las estrellas bajaban a tocar la hierba. Ya los campesinos levantaban altares invisibles con sus manos callosas y sus cantos antiguos. Recordemos, nuevamente, que un día una luz descendió sobre un campo. No una luz celestial, sino una estrella errante, baja, silenciosa. Y allí, bajo tierra, un cuerpo fue encontrado. Un cuerpo atribuido al Apóstol. Un nombre para la fe. Un punto de partida para el regreso.

Y así fue que entonces comenzó el caminar. No por los huesos. No por la tumba. Sino por lo que ese vacío encendía en quienes lo tocaban.

Desde entonces, Compostela se volvió un corazón de piedra, palpitando en el fin del mundo. Aquí llegan los que buscan, los que huyen, los que dudan y los que creen.

Aquí no encontrarás respuestas, pero sí ecos. No habrá destino, pero sí paso. Y, entre la niebla, todo se purificará, incluso lo que no se entienda.

Por eso, cuando los últimos pasos resuenan agotados en el lodo, el lugar ya estará despierto para recibirte. La romería no terminará con los cuerpos. Terminará con la tierra. Y la tierra siempre te estará esperando.

La niebla descendía desde los montes como un manto protector que no cubría, sino que revelaba. No ocultaba los caminos: los despertaba. Las piedras húmedas crujían bajo los pies, murmurando el eco de todos los que alguna vez habían pasado por allí, sin saber si creían o huían.

Era tiempo de peregrinaje.

Las sendas de Galicia vibraban con un pulso antiguo: se sentía el roce de las sandalias sobre la tierra mojada, el balido de las ovejas marchando entre los cuerpos, los carros de madera crujiendo estrepitosamente bajo el peso de las imágenes inmóviles y cubiertas; a lo lejos, el sonido agudo de una flauta de caña, y el llanto persistente de un niño que no entendía lo que pasaba y no quería caminar más, pero igual seguía.

En un umbral del bosque, donde la hojarasca aún estaba tibia tras una noche despejada y estrellada, se abría un sendero que llevaba a Compostela. El viento traía consigo el ulular de rezos, mezclado con el aliento de los animales y el humo de las velas que, tras la vigilia, habían sido apagadas.

Las campanas no sonaban. Era un silencio sepulcral el que marcaba las horas. Un silencio tan denso que podía escucharse el latido agitado de los corazones compungidos y el suave ulular del viento entre las ramas.

Y, entre la muchedumbre, sin que esta lo supiera, cuatro figuras caminaban hacia su reflejo. No pretendían conocerse, ni esperaban encontrarse, pero alguna fuerza inexplicable las empujaba a coincidir. Las convertía en signos dispersos de una misma frase aún no pronunciada.

Bruno caminaba descalzo. Sus pies eran raíces, y su mirada, pozo. No hablaba. Solo respiraba con ritmo de oración. Cada paso suyo era un gesto de entrega. Llevaba colgado al cuello un pequeño pedazo de tela: una reliquia sin origen ni nombre, plagada solo de fe. En la espalda, simbólicamente, cargaba una pequeña cruz; no de castigo, sino de recuerdo. En su andar no había premura, solo certeza.

Gael no entendía nada y, sin embargo, seguía. Llegado desde los mapas, los libros y los archivos, caminaba con sus notas mentales repletas de comparaciones, dudas y referencias cruzadas.

—¿De verdad creen que los huesos del Apóstol están aquí? —susurró, no sin cierto respeto, mientras limpiaba sus gafas redondas, impropias y fuera de lugar para la época, pero necesarias para ver lo que nadie más miraba. —No se trata de eso —dijo alguien que no estaba—.

—¿Entonces no es una tumba lo que veneran? — No. Es el vacío que arde en ella.

Lía escuchaba desde unos pasos más atrás. No intervino. Sonrió apenas. Ella no había llegado allí por devoción, sino por asombro. Quería ver cómo

cantaba el pueblo, cómo se vestían los cuerpos, cómo latía una fe que no conocía. Pero, desde la primera noche, algo había cambiado: ya no tomaba notas. Solo miraba.

Y cuando veía a alguien llorar, no sabía si era por ellos... o por ella.

Había escuchado una historia fantástica en el camino: un joven inocente que fue sentenciado a la horca en Santo Domingo de la Calzada y que —gracias a Santiago— no murió. Y cuando sus padres fueron a anunciarlo, el juez, escéptico, dijo que su hijo estaba tan vivo como los gallos asados en su plato. En ese instante, los gallos resucitaron y comenzaron a cantar.

Lía no sabía si era cierto. Pero, desde entonces, cada vez que oía un gallo, se le erizaban los vellos de los brazos.

Izan caminaba con la espalda tensa y el ceño fruncido. Cargaba, como Bruno, una cruz de madera, pero sobre los hombros.

Repetía en voz baja: —¡Solo los puros llegarán a la verdad! ¡Los tibios se perderán en la bruma! Lo decía más para sí que para los demás. Pero nadie respondió. Solo Bruno lo miró brevemente, y en ese instante la niebla pareció envolverlos a ambos.

Un burro cruzó el camino arrastrando una carreta adornada con flores secas. Sobre ella, una figura de Santiago cubierta con un manto bordado. A los lados, las mujeres lanzaban una lluvia de pétalos marchitos, murmurando letanías.

Lía extendió la mano para tomar una flor que flotaba en el aire, pero no la atrapó. Esta cayó, lentamente, sobre el barro.

Una anciana caminaba junto a ellos, arrastrando una cuerda de la que pendía un pequeño incensario.

—¿Habéis oído hablar del botafumeiro? —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Un día voló por los aires y cruzó la catedral entera como una estrella furiosa.

Alguien preguntó si había matado a alguien. La anciana negó. —Solo encendió el aire. A veces los milagros no se notan. Solo arden.

Esa noche llegaban a la ciudad. La catedral aún no tenía la forma que hoy se le conoce, pero sus torres ya perforaban el cielo como lanzas de piedra devocional.

La única luz que alumbraba el suceso era la de una multitud de antorchas y braseros, que proyectaban sombras danzantes sobre los muros tallados por el tiempo.

La plaza era un mar de cuerpos exhaustos: algunos dormidos sobre mantas raídas, otros arrodillados con la frente en la tierra y unos cuantos —de pie— llorando sin hacer ruido.

Un muchacho se aferraba al cuello de una figura de Santiago. Lloraba como si abrazara al padre que nunca tuvo. Y Gael, por un segundo, sintió en su garganta algo que no era escepticismo. No supo nombrarlo... pero sí lo sintió.

Poco a poco, la multitud entraba en silencio a la catedral. Las columnas expectantes exhalaban tiempo sin recuerdos. La tumba, desde esa distancia, aún no era visible. Solo se vislumbraba una inscripción y un brillo débil.

Bruno cayó de rodillas. Izan comenzó a gritar versículos. Lía tomó una bocanada de incienso como si fuera aire puro. Gael se quedó de pie. Pero en su mano temblaba una pequeña piedra que había recogido en el camino. No sabía por qué la llevaba. No sabía por qué no la soltaba.

Una voz que siempre los acompañaría se quedó en silencio. Solo miraban hacia lo alto de la bóveda, donde una grieta invisible dejaba entrar solo un rayo de luna.

Y en ese instante, en esa grieta sin nombre, todos comprendieron —por un segundo, nada más— que la fe no siempre es creer. A veces, es atreverse a caminar, aunque no se vea el camino.

Afuera, la niebla comenzaba a levantarse, como si el alba también quisiera ver.

El murmullo de la plaza se apagaba. Algunos dormían bajo los arcos; otros, seguían cantando bajito. Las estrellas aún colgaban del cielo, obstinadas.

—¿Y ahora? —preguntó Gael, sin mirar a nadie.

—El camino no termina aquí —dijo Bruno—. No, solo cambia de forma.

—Yo vine por curiosidad —confesó Lía, con voz suave—. Pero ya no quiero mirar desde fuera.

—Yo grité mucho —admitió Izan, apenas audible—. Tal vez... camine un poco más en silencio.

—Entonces... —dijo Gael, que no dudaba, pero sí dudaba, mirando a los demás—. ¿Seguimos?

No hubo acuerdo. No hubo manos entrelazadas ni promesas. Solo un gesto: una leve inclinación del cuerpo hacia el mismo lado. Como cuando las aves migran y no necesitan planearlo: simplemente lo saben.

Bruno recogió su bastón. Izan ajustó su capa. Lía cargó agua. Y una flor, caída en el barro, fue puesta con delicadeza en el bolsillo de Gael.

El incienso seguía en el aire. Y con él, los pasos. Juntos. Sin saber por qué, pero sabiendo que, desde ahora, ya no iban a caminar solos.

Y, mientras los pasos se alejaban por la plaza silenciosa, la catedral pareció desvanecerse en la niebla. Las antorchas titilaron una última vez y el incienso se elevó como si ascendiera con las almas.

El sonido del mundo se apagó, como si todo lo vivido hubiese sido apenas un eco.

Solo quedaron ellos: cuatro siluetas entre la bruma, caminando hacia un camino que aún no tenía nombre.

El alba no trajo respuestas. Solo luz.

**Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon**



Capítulo II

Reflexión II — Peña de Francia, Castilla, Siglo XV

Símbolo del Camino — El viento de montaña — Escucha interior, dirección.

Lo intangible que nos toca y nos mueve.

*Representa **preguntar hacia adentro** para encontrar claridad.*

Dormí poco. No por frío ni por dolor en los pies, sino por esa ansiedad rara que aparece cuando presientes que algo está por cambiar... aunque no sepas qué.

Bruno me dice que la montaña revela lo que la mente esconde.

Gael resopla y asegura que subir cuesta no necesariamente trae iluminación.

Lía está emocionada: —Desde arriba, todo se ve distinto —dice sonriendo.

Izan no quiere conversación: La duda entorpece el paso —advierte.

El sendero se estrecha. El aire se vuelve más delgado. Mi respiración también.

No hay templos aquí arriba. No hay vitrales ni estatuas. Solo roca, cielo... y un silencio que mete presión.

Cuando el viento golpea mi cara, algo en mí se abre paso. No sé si es valentía o miedo disimulado. Pero es fuerte.

Bruno cierra los ojos un instante. Escucha —me pide—. No todos los mensajes usan palabras.

Gael observa alrededor. —Puede ser solo viento, ¿sabes? Aire en movimiento. Nada más. Pero su voz no suena tan segura como antes.

Lía levanta los brazos, riendo con el cabello desordenado por la brisa. —A mí me gusta pensar que la montaña nos responde —dice.

Izan aprieta los dientes. —No te dejes llevar por sensaciones. Mantén los pies firmes —exige.

Yo extendo la mano y dejo que el viento la atraviese. No lo puedo ver, pero lo siento. ahí, tocándome sin pedir permiso. Y, por primera vez en mucho tiempo, me acuerdo de que seguir vivo también es sentir.

Sigo ascendiendo. Y cuanto más subo, más entiendo que hay cosas que solo se piensan bien cuando falta oxígeno y sobra verdad.

Cuando llegamos a lo alto, no aparece ningún milagro. No hay visiones. No hay luces. Hay solo una enorme piedra plana y una vista interminable del mundo.

Me quedo quieto. Escucho mi propia respiración. Y siento que estoy aprendiendo a escucharme de verdad.

Tomo un pedazo de tela y lo dejo sobre una roca para que el viento lo golpee. No sé por qué lo hice. Tal vez para recordar que aquí entendí algo que todavía no logro explicar.

La piedra fue el inicio. El viento es la pregunta. Y acepto seguir buscando la respuesta.

Ahora respira conmigo. La cima nos hizo un favor: nos recordó que aún queda mucho por descubrir.

Sigamos ascendiendo. La historia de la Peña de Francia nos espera.

Peña de Francia – España, Siglo XV

Donde la cima susurra lo que el valle olvida

Todo ascenso es una forma de recordar. No se sube a una montaña para ver más lejos, sino para escuchar lo que el mundo bajo los pies está dispuesto a decir.

Desde las primeras curvas del sendero, donde la roca comienza a despellejar la bota del caminante, la altura se anuncia no con orgullo, sino con voz antigua: un susurro que nace en la piedra y se confunde con el viento.

La Peña de Francia se alza como un altar sin paredes. No hay cúpulas, ni vitrales, ni campanarios que sostengan la fe: solo cielo. Y cielo no como promesa, sino como espejo.

El aire aquí es delgado, pero no por frío, sino por sabiduría. Porque solo lo esencial sobrevive en la altura. El resto se queda abajo: las máscaras, los juicios, el ruido.

El Devoto sube en silencio, cada paso una oración que no necesita ser pronunciada.

El Incrédulo observa las aves que cruzan sin miedo el abismo y se pregunta si la libertad no tendrá algo que ver con la fe.

La Turista suda y sonríe: le basta la belleza.

Y el Fanático, más rígido que el camino, se resiste a mirar el vacío que le crece alrededor.

Cuando llegan a la cima no hay milagro. Ni apariciones. Ni luces. Solo una piedra. Una piedra lisa, sola, viva.

Dicen que allí se apareció la Virgen. a un pastor. Dicen muchas cosas.

Pero, en ese momento, frente a la inmensidad muda, nadie dice nada.

Porque hay alturas que no necesitan historia. Solo presencia. Y hay miradas que, al contemplar el horizonte, dejan de ser ojos para volverse preguntas abiertas.

La Voz que Acompaña no señala, no explica. Solo deja caer unas pocas palabras en el centro del pecho: *“Recuerda... lo que abajo olvidaste.”*

Debes saber, antes del ascenso, que no fue un ángel ni un milagro estruendoso. Fue un sueño. Un sueño que se repitió durante años en la mente de un hombre piadoso y sencillo llamado Simón Vela, nacido en París, allá por el siglo XV. En su visión, una voz le indicaba una peña perdida al sur de Castilla, donde yacía escondida una imagen sagrada de la Virgen. La montaña tenía nombre de exilio: Francia, como si fuera un eco lejano de la tierra natal que Simón había abandonado.

Durante cinco años vagó por caminos polvorientos, entre bosques y cordilleras, hasta que, en mil cuatrocientos treinta y cuatro, encontró al fin la cumbre soñada. Allí, entre peñascos y silencio, descubrió una imagen

negra de la Virgen, oculta durante siglos en una grieta profunda. La noticia se expandió como fuego entre pastores, monjes y aldeanos. Pronto se levantó un santuario en la cima y la romería se convirtió en peregrinación y rito.

Pero algunos cuentan que la devoción es más antigua.

Que ya en el siglo XIII los caminantes subían sin saber por qué, guiados por la intuición del alma. Que aquel monte, aun sin ermita, ya hablaba. Que la cima ya susurraba lo que el valle no podía entender.

Y así, la Peña de Francia se volvió faro, altar, promesa. Un lugar donde, en lo alto, no se juzga: solo se escucha.

No todos los caminos descienden hacia el alma. Algunos la elevan. Y, en ese ascenso, no hay atajos, ni sombra, ni consuelo. Solo un tenue viento que corta y un silencio que vigila.

La romería hacia la Peña de Francia, en la Castilla profunda del siglo XIII, no es larga en distancia, pero sí en espíritu. Parte de pueblos pequeños — como La Alberca, El Cabaco, Monsagro o incluso Ciudad Rodrigo— y serpentea entre encinares, riscos y cañadas. El trayecto puede tomar uno o dos días, pero en la memoria de los feligreses dura toda una vida.

Se camina en grupos, con cánticos antiguos, oraciones de piedra y una cruz tallada a mano que se pasa de hombro en hombro. No son multitudes: son fuegos dispersos que avanzan lentamente hacia la cumbre.

Algunos lo hacen descalzos; otros, con sandalias de cuero gastado. Cargan figuras de la Virgen, cuencos de barro, promesas ocultas selladas con lágrimas, reliquias familiares o plegarias cosidas a la ropa. Las mujeres ancianas traen rosarios heredados; los hombres, bastones de roble. Los niños, a veces, solo llevan dibujado en el rostro el asombro.

Hay paradas rituales: en la fuente de Majá Robledo se bebe agua mientras se invoca una oración; en el Mirador del Portillo se deja una piedra como símbolo de carga liberada; en el Collado del Chorro, muchos se arrodillan frente al viento que asciende, como si trajera voces ancestrales desde lo alto.

El comportamiento es una danza entre el recogimiento y la exaltación. Unos lloran al ver la cima; otros ríen al sentir el cuerpo vencido y, sin embargo, vivo. Se habla poco. Se comparte pan, sal y relatos. Y, al llegar a

los últimos tramos, donde el aire es más delgado y los pájaros parecen rezar con sus vuelos, cada paso se vuelve súplica.

Finalmente emerge la cima de la Peña de Francia. A mil setecientos veinte tres metros sobre el mundo, el santuario mariano, erigido en piedra oscura, parece no haber sido construido, sino revelado. Allí, donde el cielo roza la tierra, se encienden velas, se celebran misas, se abrazan los silencios.

Y luego, el más íntimo de los gestos: mirar hacia el valle. Desde esa altura, lo pequeño se perdona. Lo lejano se comprende. Lo invisible... arde. Porque hay algo en esa cima que no se dice, pero sí se oye: una voz velada y antigua —como de madre o de monte— que susurra lo que el valle, en su prisa, siempre olvida.

La montaña emergía como un dedo de piedra señalando el cielo. Todo lo demás quedaba abajo: el ruido, la prisa, los mercados, los dogmas. Solo el viento parecía tener permiso para hablar allí arriba.

Corría el año mil cuatrocientos, y aunque nadie hablaba aún de milagros ni de apariciones, ya había quienes subían movidos por algo más antiguo que la fe: un presentimiento. No buscaban templos. Buscaban altura.

El ascenso era arduo. No había caminos trazados, apenas huellas de animales, musgo traicionero y raíces que sabían más que los mapas. Subir era despojarse: de la lógica, del juicio, del cuerpo. Solo el alma podía seguir escalando.

Bruno avanzaba sin mirar hacia atrás. No necesitaba comprender: ya pertenecía. Cada paso suyo era oración callada, y el camino parecía abrirse a su paso como si lo reconociera.

Lía jadeaba, pero se maravillaba con cada sombra, con cada canto que el viento rescataba del valle. Tomaba notas mentales, como si quisiera recordar lo que aún no entendía.

Gael callaba, pero observaba con atención: las grietas de las piedras, el lenguaje de los árboles, la geometría invisible del monte. Sus dudas caminaban con él, más fieles que la fe.

Izan, en cambio, recitaba letanías entre dientes, como si cada palabra fuera un clavo que fijara su certeza en el aire. No oraba: defendía su verdad, como quien blande un arma.

En un recodo alto del monte, donde el cielo parecía respirar más despacio, un pastor anciano los vio llegar. No hablaba castellano. No hablaba nada. Su lengua era la del gesto, del humo, del soplo. Tenía los ojos como la madera vieja: llenos de grietas y fuego lento. Cuando los caminantes se acercaron, el pastor no pidió nombre ni propósito. Solo les señaló una grieta entre las rocas, pequeña, oscura, oculta bajo un tapiz de hiedra.

Nadie entendió por qué. Bruno se arrodilló de inmediato, como si supiera. Dentro de la grieta, protegida por siglos de piedra y musgo, descansaba una imagen tallada en madera, ennegrecida por el tiempo. No tenía corona ni oro. Solo una mirada que no se dirigía hacia afuera, sino hacia dentro de quien la observaba.

Gael fue el único que no quiso mirarla de frente. —Una estatua no prueba nada— dijo.

Pero esa noche soñó con una mujer vestida de tierra que le ofrecía agua desde la palma de su mano. Al despertar, no dijo nada. Pero su paso, al bajar, era más leve.

Izan, en cambio, quiso proclamarla milagro ante el mundo.

—¡Bajemos esta imagen! ¡Construyamos un templo! ¡Traigamos al obispo!

El pastor lo miró con ojos lentos, sin juicio. Le ofreció pan y silencio. Izan no entendió. Y no comió.

Lía, con manos temblorosas, dibujó la silueta de la Virgen en un trozo de papel. La guardó entre sus libros sin saber por qué. Años después, al hojear esa libreta en otro país, el dibujo la haría entristecer sin explicación.

Bruno, en cambio, permaneció inmóvil. Su mirada no era de emoción: era de reconocimiento. Como si esa imagen no fuera nueva, sino el eco de algo que ya había visto antes... cuando era niño, o quizás, cuando aún no había nacido.

El sol descendía, y el cielo se volvía violeta. La cima ya no era un lugar, sino un estado. Allí no se pedían milagros. Se recordaban.

Los cuatro caminantes no hablaron. No hacía falta. El monte hablaba por ellos.

La Voz que Acompaña rozó sus rostros como una brisa que trae memoria. Y fue en ese instante, sin palabras ni visiones, que comprendieron que la fe —a veces— no viene de lo alto, sino de lo hondo. Que no se sube una montaña para conquistarla, sino para rendirse a su sabiduría antigua.

Y cuentan que, años después, un hombre venido de tierras lejanas subió en silencio hasta esa misma cima. Se llamaba Simón Vela. Llamado por un sueño, llegó donde muchos ya habían llegado... pero fue su fe, su constancia sin ruido, la que encendió el altar. Desde entonces, la montaña no solo susurra: también recuerda.

Y así, mientras el sol descendía detrás de los riscos y la cima se disolvía en la bruma del alma, los cuatro caminantes iniciaron el descenso en silencio. No hablaron de lo que vieron. Tampoco lo olvidaron.

Bruno bajaba con los ojos húmedos, pero sin llanto.

Gael volvía sobre sus pasos por momentos, como si buscara algo que no llegó a comprender del todo.

Lía guardaba su dibujo con una delicadeza extraña, como si entre esos trazos temblara una pregunta viva.

Izan apretaba los dientes, el pan intacto aún en su bolsillo. Mientras se alejaban, el viento volvió a alzarse como una voz diáfana y antigua, no dicha, pero sentida.

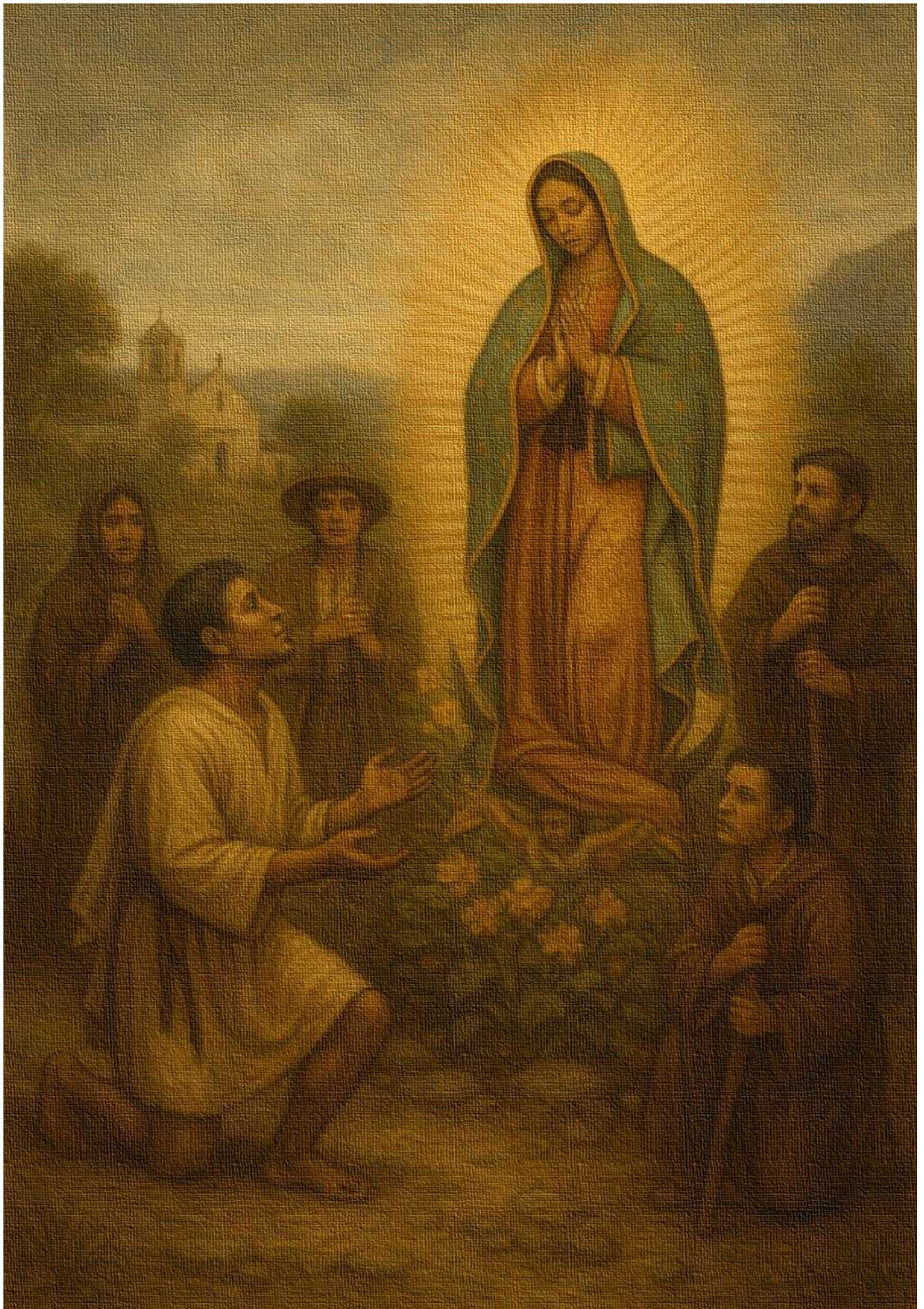
No todos la oyeron, pero todos sí la percibieron.

Se dice que no toda revelación nace en lo alto; que, a veces, el misterio no desciende del cielo, sino que brota del barro. Que hay montañas que son cuevas y flores que nacen donde menos se espera. Y, aunque nadie lo entendió del todo, fue en ese instante —en el cruce invisible entre el aliento y la intuición— cuando la montaña, en su sabiduría, los despidió.

No con palabras, sino con una certeza que no se piensa: solo se obedece.

Había otro llamado. El aire, con un estertor, cambió. La luz, también. Y, en algún lugar lejano, bajo un año y un cielo distinto, un nuevo rumor empezaba a germinar...

Como la flor que algún día brotaría sobre una herida.



Capítulo III

Reflexión III — Guadalupe, México, 1531

Símbolo del Camino — La flor — Sanación emocional, herida
Belleza que brota sobre cicatrices.

*Simboliza **reconciliarnos con lo que dolió** sin necesidad de olvidarlo.*

Hoy camino con un cansancio distinto: no es físico. Es esa carga invisible que me acompaña cuando arrastro historias que no sé cómo sanar.

No hablo solo de las propias... sino también de las que heredamos sin pedirlo.

Bruno observa mi respiración agitada. —Hay heridas antiguas que se abren para poder cerrar de verdad —dice. No sé si habla de mí o del mundo entero.

Gael se cruza de brazos. —No confundas emoción con verdad —advierte—. Las apariciones no curan lo que la realidad rompe.

Lía camina lenta, mirando alrededor con interés genuino. —Mira cómo la gente trae flores, fotos, promesas bordadas... Aquí no vienen a pedir milagros. Vienen a reencontrarse —comenta.

Izan mira las velas encendidas con gesto severo. —Hay que creer con firmeza. La fe no se negocia —sentencia.

Un niño pequeño me ofrece una flor naranja y cálida. La tomo sin entender por qué me tiembla la mano.

La flor es suave... pero su origen no lo es. Brota de una tierra marcada por guerras, imposiciones y cicatrices que aún laten.

Bruno se acerca a mi oído. —Las flores también nacen sobre el dolor.

Yo miro la imagen al fondo, entre humo de copal y murmullos. Una figura que no niega la raíz del pueblo que la mira. Una madre con rostro de quienes aquí nacieron.

Una historia que se niega a desaparecer del todo.

Gael intenta analizar la situación. Esto puede ser simplemente un símbolo creado para unir dos culturas enemigas —dice. Pero su voz suena débil. Casi respetuosa.

Lía toca mi hombro, amable. No importa quién lo haya hecho posible. Importa lo que genera —afirma.

Izan baja la mirada por primera vez. No sé si es duda... pero sé que siente algo que lo supera. Yo guardo la flor con la piedra y el pedazo de tela. Mi bolsillo empieza a pesar. Quizá así debe ser. Lo que importa, pesa.

Mientras me alejo, una idea me cae encima sin aviso: Sanar no siempre significa olvidar. A veces solo significa darle un lugar digno al recuerdo.

Sigo caminando. No estoy seguro de cuánto he avanzado... pero sí sé que ya no soy exactamente el que llegó.

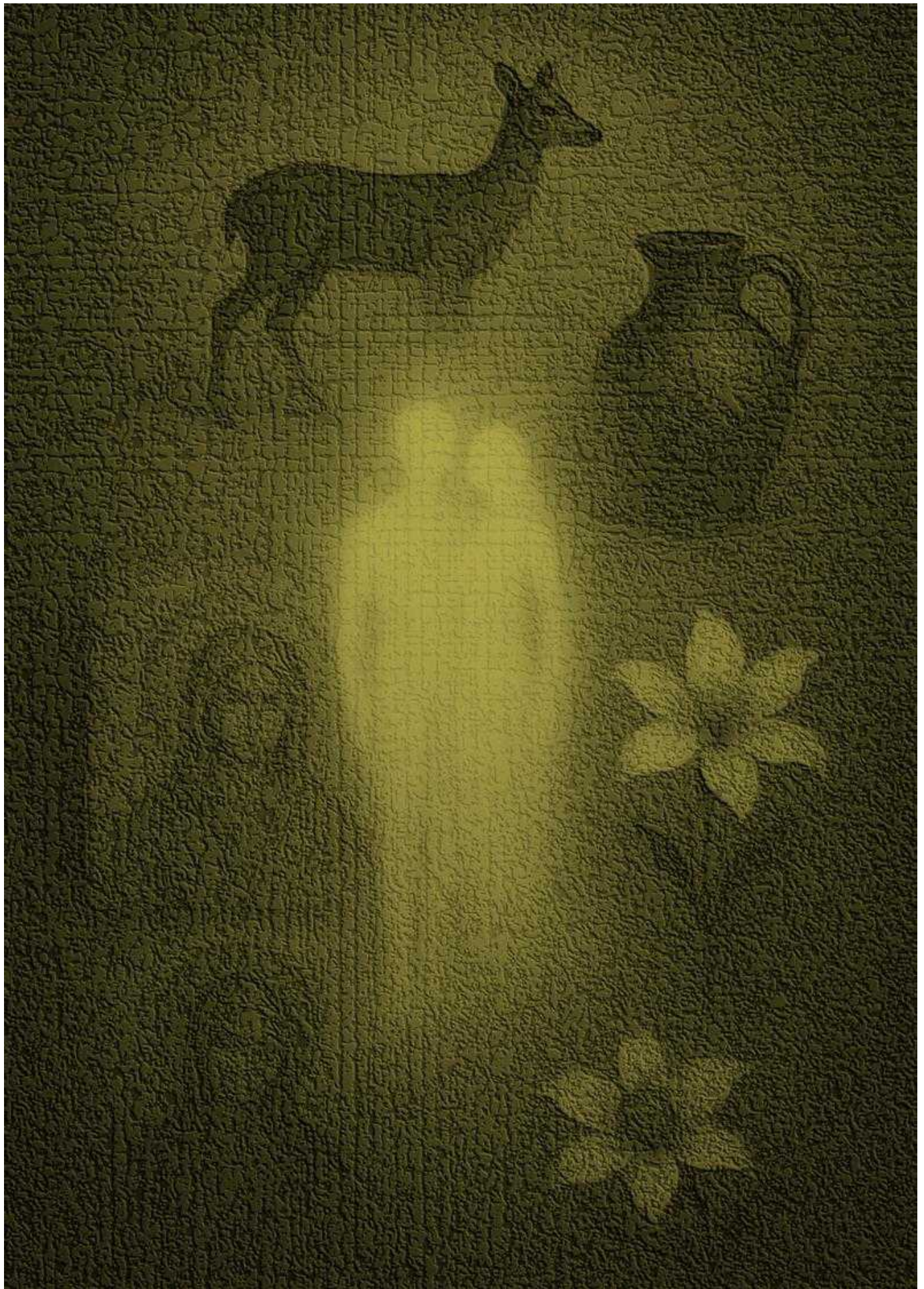
Ven conmigo. Este camino también es tuyo. La historia de Guadalupe nos quiere decir algo, y podemos escucharlo juntos.

Demos el siguiente paso.

Guadalupe – México, 1531

Donde la flor brotó sobre la herida

Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon



Índice

Los Cuatro Caminantes

Prólogo

Una voz en el umbral

Capítulo I

Santiago de Compostela, Año 1300

El Camino de la Tierra Viva

Capítulo II

Peña de Francia – España, Siglo XIII

Donde la cima susurra lo que el valle olvida

Capítulo III

Guadalupe – México, 1531

Donde la flor brotó sobre la herida

Capítulo IV

San Isidro – Madrid, Año 1800

Donde el vino también reza y la música se arrodilla

Capítulo V

El Rocío – Andalucía, 1740

Donde el polvo se hace canto y el sueño se hace signo

Capítulo VI

San Fermín – Navarra, Año 1920

Donde correr es también creer

Capítulo VII

Fátima – Portugal, 1917

Donde el sol calló y la infancia habló

Capítulo VIII

Lourdes – Francia, 1858

Donde el agua acaricia lo que la medicina teme

Capítulo IX

Chiquinquirá – Colombia, Año, 1700

Donde lo quebrado no se reemplaza, sino que se repara

Capítulo X

Monte Adams – Sri Lanka, Tiempo no lineal

Donde todos suben por senderos distintos y se encuentran en la misma cima

Capítulo XI

La Romería de los Hologramas – Siglo XXI

Donde la luz proyectada toca la raíz dormida

Capítulo XII

Camino Invisible – Fuera del tiempo y del mapa

Donde el eco camina, después de que los cuerpos se han ido

Primer Epílogo

Donde la Huella Arde en la Piedra

Segundo Epílogo

A los Caminantes que Nunca Dejaron de Buscar

Tercer Epílogo

Para quien desee seguir leyendo

Glosario Poético

Romerías del Alma

Sobre el Autor

Agradecimiento

**Si quieres adentrarte en la obra completa, la
encontrarás aquí en Amazon**

